

apartarme de vosotros; mas os dejaré en los brazos de un buen padre y de una madre tierna, que cuidarán de vuestra educacion con todo esmero. En fin, os lo repito, miro la muerte como el término de mi jornada; he llegado á él, y es preciso parar aquí. He dormido, y despierto para no volver á dormir, y para volar al seno de la eternidad.

Calló el anciano, y como se hubiese fatigado bastante con la relacion que acababa de hacer, madama de Arleville le dejó abrazar á sus nietecitos; y al punto los llevó al jardin, en donde, juntamente con sus hermanos, les contaron el apólogo del *Anteojó* y la *Bocina*.

DIA CUARENTA Y TRES.

Comenzaba nuestra familia á cobrar algunas esperanzas del restablecimiento del respetable enfermo, tan querido de todos, y ya éste habia tenido bastantes fuerzas para recibir las visitas de sus nietos y referirles una larga historia, cuyo sentido y fin moral demostraban su resignacion y cristiana filosofia. Dormia regularmente, y por la mañana estaba mas tranquilo, y menos atormentado de sus dolores.

En tanto que el señor Arleville daba leccion á varios de sus hijos, y que su estimable esposa, encerrada con las señoritas, estaba empleada en los ejercicios caseros y en otros cuidados indispensables; como el hortelano German hubiese hallado á Enrique acompañado de tres de sus hermanos y dos de sus primos que se paseaban por la huerta, les rogó se detuvieran un ins-

tante para que le dijese qué mérito tenía un libro que acababa de regalarle un amigo suyo.—Cómo! le dijo Cipriano: te han regalado un libro? Excelente regalo para un hortelano! un azadon, un carretoncillo, una regadera y otros instrumentos así, sea enhorabuena; pero un libro!...—Y por qué no un libro, le replicó German. Os parece que yo no sé leer?—Sí; ya sé que sabes leer; pero debieras dedicarte á regar legumbres, y no á buscar en un libro tan abultado cosas que no puedes entender.

Grandes carcajadas lanzó Cipriano, y los demás le hacian acompañamiento, de modo que German se iba encendiendo en cólera; pero Enrique puso fin á la disputa, diciéndole:—No hagas caso de estos muchachos y dame tu libro.—¡Oh! con mucho gusto; sois el bibliotecario de la casa y sabreis lo que vale.

—Con efecto, repuso Enrique despues de examinarlo; aunque está bastante carcomido en algunas hojas, me parece que trae cosas excelentes. El título mismo es bastante curioso: "*Máximas, apólogos y diversos cuentos morales para uso de los jóvenes, por...*"

—Veremos, veremos, dijo Cipriano... ¡Jesús! qué viejo! impreso nada menos que el año de 1740! Todavía no habia nacido papá... Sin embargo, Enrique, léenos alguna cosilla.—Bien: pero abriré por donde salga, porque esto de

andar buscando...—Sí, sí, despáchate.—Véamos, pues.

LA OVEJA Y SUS AMIGOS,

APÓLOGO.

Cierta oveja, que desde muy jovencita habia tenido mucho trato de mundo, y adquirido por consiguiente grandes conocimientos, cayó enferma gravemente, cuando ya tenia corridas las dos terceras partes de su vida...

No tardó en correr la noticia de que la pobre oveja se hallaba en un estado tan deplorable, y que iba sin remedio á visitar la triste morada de las sombras. Fueron al instante á verla todos sus amigos, y á protestarla el interés que tomaban en su situacion. Los carneros, y con especialidad los corderillos, que como mas jóvenes eran tambien mas obsequiosos y sensibles, partieron reunidos y llegando á la cabaña donde su desgraciada amiguita estaba postrada y llena de dolores, no hubo uno que no procurase compadecerse de ella, consolarla y decirle mil palabras de cariño. Apenas cabian dentro de la chocita; todo era entrar y salir los amigos celosos de la enferma, y otros, que no lo eran tanto, se contentaban con dejar un recado á la puerta.

Pero ¿qué sucedió? que todos ellos, en idas y venidas, fueron despojando las praderas de la yerba que tenia para su alimento la ovejita. Era forzoso que los tales amigos comiesen; mas tanto y tanto comieron, que la pobrecilla, convalecida ya de su enfermedad, no tuvo un bocado que llevar á la boca, y falleció de hambre y de miseria.

¿Quién duda que hay hombres que sólo nos visitan por satisfacer su estómago á nuestras espensas? El sábio en sus últimos momentos, ó en las situaciones críticas de su vida, se acompaña de su familia, de dos ó tres verdaderos amigos, caso que los tenga, y arroja de sí á los aduladores y gorriones, que lo privarian de los recursos de su vejez.

Aquí finaliza el apólogo, añadió Enrique, y aunque no es largo, tiene buena moralidad.—En efecto, dijo Alejandro, ¿habrá cosa mas extravagante que ver á esa chusma de officiosos amigos en torno de la enferma ovejilla, devastando los prados en que se apacienta? Es una fábula muy bella y de oportunos pensamientos. Vamos, German, que tu libro me parece bien.

—¡Oh! respondió German: eso ya yo me lo sabia; pero, registradle, á ver si dáis con un cierto proyectista de que me han hablado...—Cabalmente lo tenemos aquí, dijo Enrique. Véamos qué cosa era.

EL PROYECTISTA.

CUENTO.

Un califa rico, joven, y de bella presencia; pero cruel, ambicioso y arrebatado de la pasión de los celos, hacia temblar á todos los habitantes del pueblo sujeto á su inspeccion. No se pasaba dia sin que formase nuevos proyectos para ensanchar sus dominios, y aniquilar á sus vecinos. Una noche puso por escrito el decreto siguiente:

“Como el solitario Usca posee una magnífica habitacion en las orillas del mar, y me vendria muy á cuento para mis planes, ordeno que lo arrojen de ella, y en aquel paraje se me construya una bonita casa de campo. Los vastos jardines de Nader, el recaudador del fisco, caerán igualmente por tierra desde mañana, y en su lugar se levantará un soberbio torreón consagrado á mi uso. El mercader Elpen tiene cien hermosas mujeres en su serrallo, y mañana me cederá cincuenta de las mas graciosas. Se arrasará el cuartel del sur de la ciudad, con el objeto de prolongar los paseos de mi palacio: se colocará la plaza del mercado en otro paraje, y en ella se formará un excelente picadero

para mis caballos. Se derribará igualmente el puente de madera que reúne los dos cuarteles ó barrios principales, para que los habitantes del otro no puedan llegar aquí, ni acechar mis acciones. Finalmente, serán quemadas todas las selvas de la comarca, para que no puedan mis enemigos ocultarse dentro de ellas, reunirse y atacarme por sorpresa.”

Inmediatamente que el califa concibió y trasladó al papel este grandioso proyecto, mandó publicarlo por la ciudad á la luz de mil antorchas. Fácil es de juzgar cuál sería el dolor y la consternación de sus habitantes: los esposos, los padres y los hijos abrazándose mutuamente, lloran sin consuelo la pérdida de sus propiedades, y todos pasan esta terrible noche entre lágrimas y sollozos.

Mas qué se supo al amanecer? Un ataque apoplético pone fin á la vida del califa. Usca queda en sus terrenos; los bellísimos jardines de Nader prosiguen ostentando su verdor; Elpen conserva sus cien mujeres; el cuartel del sur, permanece intacto; la plaza del mercado continúa sirviendo para el despacho de las mercancías; el puente de madera ofrece todavía cómodo tránsito, y en fin, los agradables bosques prosiguen ofreciendo un asilo delicioso á los pájaros y á los hombres, contra los ardientes calores del mediodía. Un solo hombre lo

hubiera destruido todo; ha soñado, y sus proyectos funestos á la humanidad, se han desvanecido con la muerte.

—Me gusta ese cuento, dijo Cipriano, pero no presenta ideas nuevas. Véamos algun otro.

Enrique prosiguió leyendo:

EL AVARO Y EL IGNORANTE.

Cierto jóven poseía una rica biblioteca, y sin embargo, era en extremo ignorante, pues no solo no hablaba su lengua con pureza, sino que en su vida habia leído dos páginas. Tenia éste un padre anciano que habia dado en la manía de amontonar dinero, sepultándolo en un gran cofre, por el gusto de contemplarlo á todas horas, al paso que cubierto de andrajos se dejaba perecer de miseria por no gastar su amado tesoro.—Qué mezquindad tan grande la de mi padre! decia el hijo; él quiere mejor contar y recontar sus monedas, que aprovecharse de ellas para comprar lo necesario, muriendo de hambre al lado de un monton de oro, que bastaria para enriquecer á veinte familias. Habrá un hombre mas avariento!

El padre, por su parte decia con frecuencia:—Dónde habrá un hijo mas nécio que el mio! Si habla, parece un mozo de cordel; no sabe

formar una oracion perfecta; ignora hasta los nombres de los autores mas celebrados y conocidos; y sin embargo, tiene una biblioteca en que podria instruirse, con solo pasar en ella una hora todos los dias. Habráse visto un jóven mas tonto!

Una persona que los conocia muy bien, les dijo:—Ambos á dos estais equivocados, y á entrambos os toca una buena reconvención. Tú, viejo miserable, te dejas morir de hambre sentado sobre un tesoro, sin querer alimentar el cuerpo; y tú, jóven sin energía, te duermes cerca de una biblioteca, sin cuidar del alimento del alma: tan culpables sois el uno como el otro, y los dos sois igualmente avaros, igualmente enemigos, tú de lo necesario para la vida, y tú de lo indispensable para la instruccion. Callad, pues, y mudad cuanto antes de carácter, ó suspended las mútuas reconvenciones que os haceis.

EL RELOJ DE TORRE

Y EL RELOJ DE SALA.

—¡Qué débil máquina es aquella, dijo un dia el enorme reloj de una catedral, viendo un

pequeño reloj de sala que llevaba un hombre debajo del brazo! A la verdad me causa risa que aquel aborto tenga la ridícula pretension de desempeñar las mismas funciones que yo. Advier-to que tiene un círculo como el mio, horario y minuterero, y aun me parece que oigo su atiplada campanilla, que quiere dar las horas como mi gran campana; pero ¡qué diferencia! mi agigantada corpulencia, mi elevacion, la voz sonora de mi metal, todo indica la superioridad que tengo sobre esa miniatura.—De qué te vanaglorías? le contestó el reloj de sala: será de verte encaramado á pocas varas sobre mí? No hay duda que eres mas grande; pero acaso haces mas de lo que yo hago? Ambos á dos señalamos las divisiones del tiempo, y ambos damos las horas; igualmente semejantes en punto á utilidad, creo que ninguno de los dos tiene mas mérito que el otro; y por fin, el hombre nos emplea para los mismos usos. Destierra, pues, de tí esa vanidad insufrible, y déjame pasar mi camino sin insultarme.

No debemos de juzgar del talento y habilidades de los demás por su estatura, ni por lo elevado del puesto en que se hallan.

LA RUEDA DE UN COCHE

Y LAS ASPAS DE UN MOLINO DE VIENTO.

—Hermanas mías, decía el aspa de un molino de viento á sus tres compañeras, ¿veis aquella miserable rueda de coche que va caminando por allí abajo, al nivel del suelo, y que al parecer quiere imitarnos en la velocidad con que corre? ¿habeis visto cosa mas mezquina que su figura, ni mas vil que su ejercicio? Nosotras, como el pájaro que hiende los aires, habitamos en la region de las nubes; giramos con gracia; revestidas de una lijera tela estamos continuamente moviéndonos, y de este modo andamos un camino considerable.—Sí, le contestó la rueda, vosotras dais vueltas perennemente; pero no adelantais un paso, y por mas que os agiteis, nunca mudais de lugar. Es cierto que yo necesito de compañeras, como vosotras necesitais; pero viajamos, ganamos terreno y hacemos nuestras jornadas. Sabed, pues, impertinentes, que girar de un lado á otro para no adelantar nada, es propio de nécios y de ignorantes.

Hay algunos que por mas que sudan y trabajan, nunca mejoran de situacion.

LAS ESTRELLAS

Y LAS LÁMPARAS.

Iluminaban cierto jardin millares de lámparas, que engreidas con la claridad que despedian, y al ver que los espectadores las miraban con curiosidad y admiracion, hablaban unas con otras en estos términos:—Veis hermanas, allá en lo alto aquellas mezquinas estrellas, qué tristes y qué lúgubres? Cuánto pierde su pálida luz ante la nuestra, clara y brillante! Infelices! causan compasion. No veis cómo pretenden disipar las tinieblas de la noche! Pero no á ellas, y sí á nosotras pertenece el orgullo de rasgar los velos de esa negra deidad: solo á nosotras es dado reemplazar la claridad del dia, y prolongarla hasta que vuelva el sol á iluminar la tierra. Mas brillantes que los planetas, eclipsamos el resplandor de Vénus, de Saturno, de Júpiter, de Herschell y de esa pobre Via-lactea, que con efecto, alumtra como una gota de leche. Sí, hermanas, nosotras despues del astro del dia, somos lo mas luminoso que hay sobre la tierra, y no tienen porque engreirse las señoras estrellas de verse tan altas, cuando seria una locura querer imitarnos.

Las juiciosas estrellas despreciaron á las po-

bres lámparas y no se dignaron contestarlas; pero encargaron al Bóreas las vengase de tales insultos. En un abrir y cerrar de ojos, empezó á soplar aquel viento con tanta violencia, que apagó todas las lámparas, y vuelto los hombres repentinamente á la oscuridad, pudieron sin embargo dirigirse por los astros de la noche, cuya suave claridad los favoreció para llegar á sus casas.

Iba Enrique á buscar otro apólogo, cuando acudió Provenzal á noticiarle que una nueva crisis acababa de poner al sábio Filberto en el mayor peligro. Inmediatamente devolvió Enrique al hortelano su abultado libro, y tomó con celeridad el camino de la Cartuja, en compañía de sus hermanos y sus primos.

DIA CUARENTA Y CUATRO.

Reinaba en la Cartuja el mayor desconsuelo. Los facultativos pronosticaron la próxima muerte del anciano, y era menester administrarlo; para cuyo efecto ya se habia enviado á buscar á la parroquia de Roseville el Santo Viático, y esperaban al respetable pastor de aquella iglesia, hombre lleno de religion, de sabiduría y de virtud. Llegó, pues, con todo el aparato que requieren estos casos dolorosos, y como el sábio Filberto conservaba despejada su razon, derramó tiernas lágrimas antes de recibir el augusto sacramento.

Los señores Arleville asistian á la cabecera de su lecho: todos los muchachos, de rodillas dentro de la alcoba, tenian los ojos clavados en el moribundo y las manos levantadas al cielo,